

DISCURSO

LEIDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL SEMINARIO DE MONTERREY,
EL 4 DE NOVIEMBRE DE 1884, TERCER ANIVERSARIO SECULAR
DEL GLORIOSO TRÁNSITO DE SAN CARLOS
BORROMEO.



HOY hace tres siglos volaba al cielo el alma bendita de uno de los más grandes santos de los tiempos modernos. En la noche del 3 al 4 de Noviembre de 1584, espiró, como había vivido, en el ósculo del Señor, el insigne Cardenal de Santa Prajedis, y Arzobispo de Milán, San Carlos Borromeo. Uno de los Padres del Concilio de Trento, y el primero y más fiel ejecutor de sus sabios decretos, sobre todo con respecto á la educación del clero, los Seminarios Tridentinos lo reconocen por patrono especial. Al recurrir el tercer aniversario secular de su glorioso tránsito, los Directores de los Colegios eclesiásticos de Roma tuvieron la feliz idea de que tan fausto día se celebrara con solemnidad nunca vista, así en la Capital de la Cristiandad, como en todo el orbe católico. A este fin dirigieron oportuna excitativa á los Ordinarios todos del mundo, para que á nombre

de sus respectivos seminarios enviase al Padre Santo generosa ofrenda, que en este día se pusiera á los pies de León XIII, como el Óbolo que á Pedro presentan los jóvenes levitas, en honor de quien en vida fué poderoso sostén de la Silla Apostólica, y es hoy en el cielo protector de los ministros del santuario.

Como era su deber, vuestro Pastor respondió con presteza al llamamiento; y hace pocas horas, el Padre común de los fieles debe haber recibido el tributo del Seminario de Linares. No juzgo temerario, anticipándome á la noticia positiva, transmitir desde luego la bendición que el Supremo Jerarca os habrá enviado sin duda; más tarde podré comunicaros sus palabras de estímulo y reconocimiento.

Tocábanos además celebrar aquí mismo la fiesta centenar de nuestro Patrono; y parecióme que el modo más digno, era fijar para este día la distribución anual de vuestros premios, y escoger por tema del discurso que en ella se acostumbra pronunciar, aquellos pasajes de la vida del Santo que más se relacionan con vuestras particulares circunstancias y la presente solemnidad. Ni á lo primero, ni á lo segundo se han presentado serios obstáculos. El Sr. Rector en su conciso informe os ha hablado acerca de este plantel y sus estudios durante el año que acaba de terminar, mejor y con más extensión de lo que pudiera hacerlo yo mismo. Llamado por deberes del ministerio á otra porción de mi diócesi, fuí detenido á mi regreso por lluvias torrenciales, y me fué preciso tardar días y más días, aguardando que pudieran vadearse los impetuosos ríos que uno tras otro se oponían á mi paso, haciéndome temer no llegar á tiem-

po ni para esta fiesta que tanto anhelaba celebrar. No me fué, por tanto, posible asistir, como de costumbre, á todos vuestros exámenes; y sólo de los actos de Teología Dogmática, Elocuencia Sagrada y Filosofía pudiera daros razón. Además, este año dí carta blanca al mencionado Sr. Rector; y aunque casi diariamente he visitado el Colegio, hice punto de honor el no mezclarme nada en su gobierno interior. Ni inquirí previamente el número de cátedras que iban á abrirse, ni pregunté los nombres de sus profesores. Me limité á aprobar cuanto se hacía, después de resuelto, y á suministrar sin reparo los fondos pedidos. Si, pues, este año ha prosperado el Seminario, si sus alumnos han adelantado, al Rector es á quien debéis mostraros agradecidos, y á él solo felicitar por esta fiesta, si os hubiere agradado, y por la representación teatral; pues él solo es quien todo ha dispuesto, quien todo ha arreglado á su propia satisfacción, sabiendo que de antemano contaba con mi asentimiento. Mi único mérito, si en ello lo hubiere, consiste en haber hecho volver á encargarse de la dirección de mi Colegio Tridentino, al mismo Presbítero Don Eduardo Montaña, de quien hace veinticinco meses, vosotros y yo nos despedíamos con lágrimas.

Libre, pues, para hablaros, en vez del Seminario nuestro, en particular, del celeste patrono de los seminarios en general, en breves palabras pronunciaré sus loores, no con la majestad de un sermón panegírico, sino con la sencillez de un discurso, aunque sobre tema sagrado, puramente familiar.

I

Diffícil es en nuestros tiempos y en nuestra patria formarnos una idea exacta de la época en que tocó nacer y vivir á Carlos Borromeo. Treinta y ocho años del siglo XVI habían transcurrido, cuando vió la luz primera en Arona, en el castillo feudal de sus abuelos. Si noble y rico era su padre, por la línea materna descendía de los célebres Médicis de Florencia; y su tío, Cardenal entonces, Papa más tarde, desde temprano le regaló riquezas sin tasa.

Aunque era un siglo de fe, también lo era de herejía y de revoluciones sociales, tan trascendentales ó más que las del nuestro. También entonces había, como ahora, una grito destemplada y terrible contra la Iglesia y sus ministros; y no se presentaba un destino tan halagüeño á quien se iniciaba en la milicia clerical. Con todo, desde edad muy tierna vistió la sotana, y con ella el recogimiento eclesiástico, el noble vástago de los Condes Borromeo. ¿Qué habría dicho el aristocrático Milanés, si hubiera sabido que un rincón de la América española, sin blasones ni distinción de clases, vendría tiempo en que hasta humildes familias de industriales ó pequeños agricultores ó comerciantes, juzgarían que sus hijos se degradaban endosando el glorioso uniforme con que se honraba su ilustre heredero?

Con tan poderosa parentela y nadando en riquezas, ¿para qué necesitaba de estudios el joven Borromeo? Su porvenir estaba asegurado: bastábale una tintura general de letras ó ciencias. Podía pagar, cuando el caso se ofreciera, profesores insignes que estudiaran por él, y por él escribieran disertaciones, y aun pastorales y homilías, si el caso llegaba, que él sólo tendría el trabajo de leer ó recitar. A otros también podría encomendar la predicación, si perseveraba en el estado eclesiástico, como lo hacían tantos Obispos y Cardenales en aquellos tiempos. Él entretanto podría pasar una vida cómoda y regalada, gozando de sus riquezas y honores, y tratando asuntos que gloria y no fatiga le produjeran. Así habrían discurrido muchos de sus contemporáneos; pero otra era la idea que de la educación sacerdotal se había formado aun entonces el futuro Arzobispo de Milán. Terminada la filosofía, cinco largos años se aplicó con todas sus fuerzas al estudio del Derecho Civil y el Canónico; y no abandonó la Universidad hasta que se vió adornado con la borla de Doctor en ambas facultades.

Contaba entonces veintidós años de edad, y mientras terminaban sus estudios, su tío el Cardenal de Médicis era creado Sumo Pontífice, bajo el nombre de Pío IV. Como era natural, según la usanza de aquellos tiempos sobre todo, en su joven sobrino descargó el nuevo Papa el peso de los negocios. A pesar de su juventud, lo creó Cardenal de la Santa Iglesia Romana; y aunque también lo nombró Arzobispo de Milán, lo retuvo á su lado en el Vaticano, depositando en él su altísima confianza.

¿Creeríais, oh seminaristas, que entonces precisamente, en medio de tantas ocupaciones y de tanto brillo, fué

cuando el Cardenal Borromeo se dedicó con más ardor al estudio de la Teología y al cultivo de las letras humanas? Los negocios del Estado y de la Iglesia universal, no le dejaban de día un momento libre. Durante las noches, reunía en el Palacio Vaticano una selecta falange de hombres doctísimos, que constituyeron una Academia en que, conforme al gusto de la época, cada individuo tomó un nombre fantástico. El Cardenal fundador se llamó en ella *el Caos*; y nos quedan varios discursos por él pronunciados, henchidos de ciencia y erudición. Al principio (como escribía años después al Obispo de Padua) se estableció la Academia para tener en tertulias literarias honesto recreo y distracción de los negocios que abrumaban al joven Purpurado. Poco á poco los certámenes y disertaciones tomaron un giro más serio; y aunque llenaban los salones multitud de eruditos seculares, se empezó á tratar preferentemente de asuntos sagrados, si bien no era éste el fin primitivo de la asociación.

Grandes é ilustres varones salieron de la Academia nocturna del Vaticano, entre otros el gran Pontífice Gregorio XIII; pero quien sacó el principal fruto de aquellas justas literarias, fué el mismo San Carlos. No creáis, oh jóvenes, que cuando un eclesiástico serio se dedica á las letras, considera los estudios humanos como un fin. La literatura y erudición profana no son en un Prelado sino el medio con que logra ó pretende alcanzar fines más elevados. Aunque al mundo en general deje creer muchas veces que estudia los clásicos sólo por amor á las profanas bellezas; que la elocuencia de Cicerón ó la poesía de Virgilio le encantan por lo que son en sí mismas;

que procura imitar á estos insignes modelos sólo por parecerse á ellos, guardaos vosotros de participar de semejante creencia. Recomienda San Pablo al Prelado que procure tener buena reputación, y gozar de prestigio, aun entre aquellos que no pertenecen á la Iglesia, ó no brillan por su piedad y espíritu religioso: *oportet et testimonium habere bonum ab iis qui foris sunt, ut non in opprobrium incidat*. Esto se alcanza, entre otros modos, con el cultivo de las ciencias y de las letras; pero ellas no sirven, como dice un autor moderno, sino "para ejercitar y apurar facultades consagradas al servicio de la Religión."

Así, al menos, sucedió con San Carlos; y si aun hoy día podemos saborear los elocuentes sermones que más tarde dirigía á los fieles de su arquidiócesi, las edificantes pláticas con que enternecía á las monjas de San Pablo, las estupendas homilías con que resonaban las bóvedas de la Metropolitana de Milán; las admirables oraciones con que asombró á sus sufragáneos reunidos en los famosos Concilios Provinciales por él convocados, lo debemos á los ejercicios de las "Noches Vaticanas." Sufrid que cite sus propias palabras á este respecto: "Todos los días (escribía al Cardenal de Mantua) se pronuncian delante de mí cuatro ó seis oraciones latinas, á las cuales tengo que responder también en latín, á pesar de la gran desventaja que resulta en mi contra, viéndome obligado á improvisar una réplica, sin preparación alguna, á un discurso bien estudiado. Pero ahora veo con placer el gran provecho que me resulta de estos certámenes. Las luchas fingidas de la Academia me han servido para entablar con ventaja controversias reales; y los combates

literarios, emprendidos por diversión, me han ejercitado en el uso de la palabra, que manejo con soltura y destreza tratándose de temas serios é importantes.”

He querido bosquejaros ligeramente la educación eclesiástica con que San Carlos se formó á sí propio. Voy ahora á trazaros el cuadro de la disciplina escolar á que sujetó á su clero, cuando muerto Pío IV, y elevado San Pío V al solio pontificio, pudo el Arzobispo de Milán ir á gobernar en persona su vasta arquidiócesi.

II

Si hemos de creer al gran historiador del Concilio de Trento, Cardenal Pallavicino, el decreto de aquella augusta Asamblea sobre la erección de seminarios fué de tal importancia, que muchos de los venerables Padres dijeron que, aunque otro bien no hubiera producido el santo Sínodo, bastaba él solo para recompensarlos de tantas fatigas y tantos trabajos. Es regla infalible, añade, que en toda República los ciudadanos son tales como los forma la generación anterior. De igual manera en la Iglesia, el único medio eficaz para restablecer la disciplina, tan decaída al surgir la herejía protestante, era el establecimiento de planteles de educación, en que se formara el nuevo clero.

El Cardenal Borromeo, que con tanto empeño y tanta prontitud puso en planta los decretos Tridentinos, en lo que tocaba á su propia persona y á su pequeña corte y familia, no podía menos que dirigir su atención á un punto tan importante como la educación de su clero. Nos quedan muchas cartas del santo Arzobispo, como pruebas patentes de que la inmediata erección de seminarios en su vasta arquidiócesi, fué el principal objeto de sus afanes y deseos. Mucho le sirvieron sus riquezas personales, mucho la generosidad de sus inmediatos parientes. Regio fué el edificio que hizo construir, y lo proveyó aun de muebles y utensilios, de suerte que los alum-

nos nada llevaran más que sus vestidos y sus libros. Aplicó á su mantenimiento no pocos de sus bienes, y fué tal su santa prodigalidad (si así puedo llamarla) que tuvo su administrador que hipotecar alguna vez y empeñar parte de la propiedad del generoso Prelado.

A este plantel, destinado tan sólo á aquellos jóvenes de talento que podían dedicarse á estudios profundos, y ocupar en la Iglesia puestos elevados, añadió bien presto otro colegio el infatigable Arzobispo, cuyo objeto, mejor que las mías, os explicarán las palabras mismas del Santo. "Tengo (escribia en Agosto de 1568) otro seminario en Somasca, en donde sostengo á mis expensas veinte alumnos bajo la dirección de dos competentes sacerdotes. Aquí se educan hijos de labriegos ó pobres montañeses, y la sencillez de los alimentos corresponde á su humilde origen y á los usos de las serranías en que han nacido; ni tampoco les permito que se acostumbren á las delicadezas ni comodidades, ni les doy más lecho que duros jergones, ó paja tendida sobre el pavimento. Destinados á servir las parroquias de aquellas ásperas montañas, fuerza es que se avezen á las privaciones y á la vida dura, que no pueden soportar los clérigos nacidos y educados en la ciudad de Milán."

No contento con estos dos seminarios, estableció un tercer colegio, diverso de los anteriores, aunque tendiendo siempre al mismo fin. Encontró en la diócesis algunos sacerdotes, que ordenados sin suficientes estudios, y lanzados al mundo sin la necesaria disciplina, algo se habían manchado con el polvo de la tierra, ó por lo menos no eran capaces de ejercer con fruto el ministerio, aunque daban esperanzas de corrección y aprovecha-

miento. Llamólos á todos á un colegio *sui generis*, en que bajo la dirección de docto y experimentado rector, se entregaban por dos ó tres años á los estudios y á las prácticas religiosas, y salían completamente renovados, capaces de desempeñar satisfactoriamente las parroquias rurales. A todos los sostenía San Carlos á sus propias expensas. Para el seminario principal, fuera de los gastos de fundación ya indicados, pagaba él mismo de sus rentas la pensión recién establecida por el Concilio, y con laudable severidad obligaba á pagarla á los clérigos todos de su arzobispado, quienes con tal ejemplo no podían ni osaban rehusarse, á pesar de ser entonces una novedad. Entretanto, fuera de la Ciudad episcopal, y en tres diversos puntos de la arquidiócesi, establecía otros tres seminarios preparatorios, cuyos alumnos, después de estudiar allí las humanidades, pasaban al central de Milán á cursar la filosofía y las ciencias sagradas.

No es posible, en los estrechos límites de un breve discurso, dar pormenores acerca de la disciplina interior, ó del plan de estudios que San Carlos trazara para cada uno de sus seminarios. Básteos saber que pocos años después de fundado el principal de Milán, ya diversos Obispos, no sólo de aquella provincia, sino de toda la Lombardía y de la República de Venecia, pedían al santo Arzobispo algunos de los alumnos para servir de directores en sus respectivos colegios. Frutos tan opimos y tan prontamente recogidos, demuestran gran acierto en el método de enseñanza, y gran tino en la elección de profesores. En efecto, la recién fundada Compañía de Jesús dió algunos de sus principales miembros para formar á los seminaristas milaneses, y poco después fué encomen-